



d i a r i o d e u n l o c o
N i k o l a i G Ó G O L L

MALDOROR



NIKOLAI GÓGOL

DIARIO DE UN LOCO

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Zapiski sumasshedshego

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-93-7

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

DIARIO DE UN LOCO



DIARIO DE UN LOCO

3 de octubre

Hoy ocurrió algo extraordinario. Me levanté tarde esta mañana y cuando Mavra me trajo las botas relucientes, le pregunté qué hora era. Al oír que ya eran más de las diez, me di prisa en vestirme. Debo confesar que a punto estuve de no ir al ministerio, previendo la cara de malquisto que me pondría el jefe del despacho.

Hace tiempo que viene diciéndome: "¿Pero dónde tienes la cabeza, amigo mío? A veces andas tan azacanado y embrollas los expedientes hasta tal punto que ni el mismo diablo sabría qué hacer con ellos. Olvidas poner las mayúsculas en el título y no indicas ni la fecha, ni el número."

¡Maldito cuervo! Seguro que me tiene envidia, porque me ve instalado en el despacho del director, donde corto las plumas de ave para Su Excelencia.

En una palabra, que no iría al ministerio si no fuese por la esperanza que tenía de ver al cajero y arrancarle a ese judío un anticipo sobre mi sueldo. ¡Menudo tipejo es este también! ¡No hay modo de sacarle por adelantado el dinero del mes! ¡Ni soñarlo! Nos haría esperar hasta el día del Juicio final. Ya podéis implorarle, reventar si queréis o comeros de miseria, que ese viejo macaco no os dará nada. Y, no obstante, en su casa, hasta su propia cocinera le da de bofetadas: eso lo sabe todo el mundo.

Yo no veo las ventajas que puede ofrecer un ministerio: aquí se gana muy poco. ¡Ah! Pero en la administración provincial, en el tribunal de cuentas o en la tesorería, eso es otra cosa. ¡Observad si no a ese que garabatea, acurrucado en un rincón! Un tipo miserable, con una cara a la que os gustaría escupirle; ¡pero mirad la casa de campo que alquila! De poco servirá regalarle una taza de porcelana dorada para conseguir algo de él: “Ese –dirá– es un regalo bueno para un médico”. Hay que ofrecerle al menos un par de caballos, o un carruaje, o un abrigo de piel de castor de trescientos rublos. Acaso sea de aspecto humilde y hable con voz delicada: “¿Tendría la amabilidad de prestarme su cortaplumas para afilar esta pluma?” Y, para acabar, sería capaz de despojar a un solicitante hasta de la camisa.

Es cierto, por otra parte, que nuestros despachos son más adecuados; reina en ellos una limpieza que la administración provincial no conocerá jamás; las mesas son de caoba y todos los jefes le tratan a uno de *usted*. Sí, debo confesar que si no

fuera por ese tono educado, hace ya mucho tiempo que hubiese abandonado el ministerio.

Me puse mi viejo abrigo y cogí el paraguas, pues llovía a cántaros. No se veía a nadie por las calles, a excepción de algunas campesinas que se protegían de la lluvia con las faldas sobre la cabeza y algún que otro comerciante ruso, con paraguas, y recauderos de despacho. De clase noble, sólo vi a uno, un funcionario como yo. Lo atisbé en un cruce, y, al punto me dije: "¡Ah!, ¡ah! No, amigo mío, tú no vas al ministerio, tú vas mirándole las piernas a esa muchacha que camina delante de ti."

¡Ah! ¡Qué pillos y canallas somos los funcionarios! En nada le vamos a la zaga a cualquier oficial: basta que pase cualquier chica, bien ataviada, para que se vayan tras ella.

Mientras pensaba en esto, vi que un carruaje se detenía a la puerta de la tienda ante la que yo pasaba. Lo reconocí enseguida: era el carruaje de nuestro director. "¿Pero qué necesidad tiene de ir a esa tienda? pensé. Sin embargo, era su hija." Me arriqué a la pared. El lacayo abrió la portezuela, y ella saltó del carruaje como un pajarillo. ¡Cómo miró a derecha e izquierda! ¡Cómo parpadeó! ¡Dios mío! Estoy perdido, completamente perdido.

¿Pero qué necesidad tiene ella de salir con un tiempo tan lluvioso? ¿Aún diréis que las mujeres no pierden la cabeza cuando se trata de trapos? No me reconoció; yo, a mi vez, intenté embozarme todo lo que pude en mi abrigo, pues estaba muy sucio y, además, pasado de moda: ahora se llevan abrigos de cuellos amplios, pero el mío está confeccionado con pequeños cuellos superpuestos; y por ende está deslustrado.

Al no poder entrar en la tienda, su perrita se quedó en la calle. Conozco a esa perrita. Se llama Medji. Apenas llevaba yo allí un minuto, cuando oí una vocecilla aguda: "Buenos días, Medji" ¡Menuda gracia! ¿Quién podía ser? Volví la cabeza y vi a dos damas que pasaban bajo un paraguas: una era vieja, y la otra joven. Pero ya habían pasado cuando de nuevo oí cerca de mí: "Eso no es muy amable por tu parte, Medji." ¿Quién diablos era? Entonces vi que Medji oliscaba a un cachorro que seguía a las damas. "¡Ah, ah! –me dije–. Basta de tonterías. ¿No estaré borracho, por casualidad? Aunque eso sólo me ocurre raramente." "No, Fidèle, te equivocas al creer eso"... y pude ver que era Medji quien decía esas palabras... "Estuve... iguau, guau!... estuve... iguau, guau!... muy enferma."

¡Ved esto! ¿Qué dirías vosotros? Confieso que me quedé maravillado al oírle hablar como un humano. Pero más tarde, tras pensarlo con detenimiento, la cosa dejó de sorprenderme. En efecto, ha habido ya en el mundo muchos casos como ése. Cuentan que en Inglaterra un pez salió del agua y dijo dos palabras en un idioma tan raro que los estudiosos llevan ya tres años quebrándose los sesos y aún no han logrado interpretarlo. También he leído en los periódicos que dos vacas entraron en una tienda y pidieron una libra de té.

Sin embargo, debo reconocer que quedé mucho más asombrado cuando Medji dijo: "Te escribí, Fidèle, pero por lo visto Polkan no te llevó la carta."

¡Que me parta el diablo! En mi vida oí decir aún que los perros puedan escribir. Sólo un noble puede

escribir correctamente. Es cierto que algunos tenderos, dependientes y hasta algún siervo se ponen en ocasiones a escribir algo. Pero la mayoría de las veces su escritura es mecánica: no ponen ni comas, ni puntos, ni tienen estilo.

Aquello me dejó estupefacto. Debo confesar que desde hace algún tiempo comienzo a oír y ver cosas que aún nadie ha visto ni oído jamás.

“Sigamos a esta perrita –me dije–. Me enteraré así de quién es, y qué piensa...” Abrí el paraguas y seguí a las dos damas. Atravesaron la calle Gorojovaia, torcieron en la Meschanskaia, después llegaron a la Stoliarnaia y, finalmente, cerca del puente Kokushkin, se detuvieron ante una casa grande.

Conozco esa casa. Es la casa de Zverkov. ¡Qué edificio! ¡Cuánta gente no vivirá allí!... ¡Tantas cocineras, tantos forasteros! Y en cuanto a los nuestros, a los funcionarios, están allí, unos contra otros, apretados como arenques. Incluso tengo ahí un amigo que toca muy bien la trompeta.

Las damas subieron al quinto piso. “Perfecto, me dije; ahora no iré más lejos, pues ya conozco el lugar, y a la primera ocasión me serviré de ello.”

4 de octubre

Hoy es miércoles, y, por lo tanto, estaba en el gabinete de trabajo del director. Llegué intencionadamente un poco más temprano y, tras sentarme, me ocupé en cortar todas las plumas.

Nuestro director es probablemente un hombre muy listo. En su despacho hay muchos estantes llenos de libros. Leí unos cuantos títulos: ¡qué erudición, qué sabiduría! Nosotros ni siquiera nos atreveríamos a codearnos con eso. Únicamente libros en alemán o en francés. ¡Y su cara, Dios mío! Qué importancia brilla en su mirada. Nunca le oí decir una palabra de más. Sólo a veces, cuando le pasan los documentos para firmar, pregunta: “¿Qué tiempo hace? – Húmedo, Excelencia.”

¡Ah! ¡Está muy por encima de nosotros! Es un verdadero estadista.

Quiero señalar sin embargo que me tiene una especial estima.

Si se pudiera decir lo mismo de su hija... ¡bah!, qué idea... ¡Nada, nada, a callar!

Leí *La Abeja* ¡Qué estúpidos son esos franceses! ¿Qué es lo que quieren? De verdad que me gustaría juntarlos a todos y darles estopa hasta cansarme. También leí una simpática descripción de un baile, hecha por un terrateniente de Kursk. Los terratenientes de Kursk suelen escribir bien.

De pronto, me di cuenta de que ya eran las doce y media y que nuestro jefe aún no había salido de su dormitorio. Pero a eso de la una y media sucedió algo que ninguna pluma podría describir.

Se abrió la puerta; creí que era el director y salté de la silla, con los papeles en la mano. Pero era ella, en persona. ¡Cielos! ¡Cómo vestía! El vestido que llevaba era de una blancura de cisne. ¡Oh, qué esplendor! Y cuando me miró, sus ojos fulguraron como el sol; sí, no exagero: fulguraron como el sol. Me saludó y dijo: “¿Y papá, no ha venido? ¡Ay, ay, ay,

qué voz! Como un canario, un verdadero canario.
“Excelencia –quise decirle–, no me condene a muerte, y si no obstante quiere ejecutarme, hágallo con su noble mano.” ¡Pero que me parta el diablo! Se me trabó la lengua, no sé cómo, y sólo pude decir: “No, Excelencia.”

Me miró, después miró los libros y dejó caer su pañuelo. Corrí a recogerlo, resbalé en el maldito parquet y a punto estuve de aplastarme la nariz; sin embargo, logré mantener el equilibrio y recogí el pañuelo.

¡Ángeles del cielo! ¡Qué pañuelo! ¡De batista, y de una delicadeza! ¡Como ámbar! Ámbar puro. Todo en él respiraba nobleza.

Me dio las gracias y esbozó una ligera sonrisa sin apenas mover sus dulces labios; después salió.

Me quedé allí una hora más; de pronto entró el lacayo y dijo: “Puede irse a casa, Aksenti Ivanovich, el señor ha salido ya.”

No soporto a esos lacayos que se pasan el tiempo ociosos en el vestíbulo y ni siquiera se molestan en saludarme con un gesto de cabeza. Pero eso no es todo: uno de esos tunantes incluso se permitió en una ocasión ofrecermé una toma de rapé, sin ni siquiera levantarse de su silla. ¿No sabe, pues, ese servilón estúpido, que soy funcionario y de origen noble?

Sin embargo, cogí mi sombrero y yo mismo me puse el abrigo, porque esta gente jamás se prestaría a ello, y salí.

Una vez en casa, pasé la mayor parte del tiempo tumbado en la cama. Después, copié algunos versos ciertamente deliciosos:

*Una hora lejos de mi amor,
una hora que me pareció un año:
lleno de odio por la vida,
¿puedo vivir un instante sin ella?*

Creo que son de Pushkin. Al anochecer, bien arropado en mi abrigo, dirigí mis pasos hasta la entrada de la casa de Su Excelencia, y esperé allí largo rato. ¿No saldrá ella en calesa? Me hubiera gustado verla una vez más. Pero no, ella no salió.

6 de noviembre

El jefe del despacho me puso furioso. Cuando llegué al ministerio, me llamó y me habló de este modo: "A ver, dime, por favor, ¿qué pasa contigo? ¿Qué haces? –¿Cómo que qué hago? Yo no hago nada, le respondí.

– Piénsalo bien. Tienes más de cuarenta años: ya es hora de que entres en razón. ¿Qué te crees tú? ¿O es que crees que no conozco tus andanzas? Ahí es nada. Andas tras la hija del director. ¡Pero mírate! ¡Piensa un poco en lo que eres! No eres nadie, una nulidad nada más. No tienes ni un mísero kopek en el bolsillo. Mírate al espejo. ¿Cómo puedes pensar en algo así?"

¡Que lo parta el diablo! Se cree que por tener esa cara que parece un frasco de boticario y un tupé de pelo rizo –que fija con ayuda de un ungüento de una pomada de rosa–, y porque va siempre con la cabeza muy tiesa, a él todo le está permitido.

Comprendo, sí, comprendo por qué está tan enfa-

dado conmigo. Me tiene envidia; quizá se ha dado cuenta de las muestras de benevolencia –y la mayor consideración– con que a mí me tratan. Pero escupo sobre él. ¡Consejero del Tribunal! ¡Menuda cosa! Cuelga su reloj de una cadena de oro y encarga un par de botas de treinta rublos. ¡Que se lo lleve el diablo! ¿Acaso soy yo un plebeyo cualquiera? ¿Soy hijo de un sastre o un soldado? Yo soy un noble. Y aún más: puedo ascender en el escalafón. Sólo tengo cuarenta y dos años, que es la edad en que una carrera en la administración pública no hace más que empezar. ¡Espera y verás, amigo! También llegaré a coronel, y ¡quién sabe!; quizá aún más alto, con la ayuda de Dios. También gozaré de una casa que tal vez será más bella que la tuya. ¿Por qué se te ha metido en la cabeza que tú eres el único hombre respetable? Si yo vistiese una levita confeccionada a la última moda, y me anudase al cuello una corbata como la tuya, tú no me llegarías ni a la suela de los zapatos. Lo que me falta es dinero: ¡esa es la desgracia!

8 de noviembre

Fui al teatro. Ponían un vodevil: *Filatka, el tonto ruso*. Me reí mucho. Ponían también otro vodevil de lenguaje muy jocoso acerca de unos procuradores, y, en particular, sobre un cierto registrador colegiado, en versos muy atrevidos; incluso me sorprendí de que la censura los hubiese dejado pasar.